

**E**SPERAMOS recuperar el viejo comercio artesanal perdido. Y vamos a lograrlo a fuerza de hacer bien las cosas, como las hacían nuestros padres y las habían hecho ya nuestros abuelos.

El día 15 de febrero fue la fecha de la recuperación. Fue el día en que con la satisfacción de quien pone en marcha el engranaje de un invento media docena de testigos vieron cómo las aguas remansadas del río Veiga volvieron a arrastrar las ruedas que accionan el eje que da ritmo al mazo y a los barquinos que mantienen con vida el fogón.

El mazo de Besullo se ha recompuesto en un tiempo record «porque empezamos a arreglarlo en los primeros días de enero de este año, a pesar de que ya teníamos que haberlo hecho mucho antes», pero los plazos establecidos por la Consejería de Cultura transcurrieron sin que los siete dueños se hubieran puesto de acuerdo por problemas económicos. El tiempo para la realización de las obras había concluido en agosto del año pasado, pero el Ayuntamiento de Cangas consiguió una moratoria «para que no se perdiese la oportunidad de reconstruir el mazo que es el único que quedaba en pie, aunque en muy mal estado, de los tres que hubo en el pueblo».

#### Cinco días, un record

La Consejería concedió una subvención de cuatrocientas cincuenta mil pesetas para la reconstrucción del mazo que sus siete propietarios querían poner en marcha, «pero no nos decidíamos por falta de dinero», de las que 320.800 pesetas fueron entregadas el día 15 por el concejal de Cultura del Ayuntamiento de Cangas, Fernando Lastra, previa certificación de obra hecha por el arquitecto municipal, Antonio Domínguez Piris.

En la prueba estuvieron presentes dos de sus propietarios, Manuel Rodríguez y Faustino García, junto con Juan García, que fue el que fabricó pacientemente las dos ruedas de palas que ponen en marcha todo el pesado y húmedo mecanismo.

«Tuve que darme mucha prisa, porque el tiempo apremiaba. La rueda del barquin la hice en cinco días, y tuve que buscar yo mismo el roble y el castaño. Es todo el engranaje nuevo. En cambio en el mazo conservamos el eje, que estaba en buenas condiciones. Pero así y todo tuve que repararlo porque tenía algunas partes carcomidas por la humedad».

Juan García era constructor de carros hasta hace pocos años, «de aquellos carros que llamábamos del país, que chirriaban y se oían de un lado a otro del valle», pero que han caído en desuso porque «a ver quién encarga ahora un carro con los medios de transporte que hay, perfectamente adaptados a nuestras tierras».

Las dos ruedas del mazo remozado fueron trabajadas como lo hacían los viejos carpinteros «a mano, sin otra ayuda que la del formón y la garlopa...». Y se le nota satisfecho por el buen trabajo realizado y por el tiempo que invirtió en él, «porque me pidieron que lo hiciera para que no se pasara el tiempo y cuando uno se compromete hay que cumplir. Además ese trabajo no me es familiar nunca había hecho antes ruedas para mazos, porque estos aparatos ya no quedan y es muy difícil que se recuperen los perdidos».

El mazo está a unos trescientos metros del pueblo, por un camino empinado, de piedras sueltas y cubiertas de barro. La puerta se abre con dificultad y para llegar a ella hay que bajar una veintena de escalones cubiertos de musgo y barrillo que hace peligroso este último tramo.

Manuel y Faustino tiran de las manillas de hierro que

abren las trampillas que dan paso al agua que cae, espumosa, sobre las ruedas. Dan a la operación la solemnidad de una inauguración.

El edificio se conserva en buenas condiciones, pero la humedad penetra por todos los entresijos. Una película de barro cubre el suelo y hace difícil el paso por el interior. Los dos barquinos están en el suelo y son la única parte del mecanismo que no ha sido aún totalmente recuperado para el buen funcionamiento del mecanismo.

«Estamos esperando que llegue la badana que hemos encargado a la Pola. Creo que no tardará mucho en llegar. Tan pronto como esté aquí es cosa de un par de días poner en marcha toda la instalación. Después ya quedan una serie de detalles, pero ya son obra menor, porque el grueso de la reparación habrá quedado rematada».

Calculan que no más allá de quince días, es decir, para finales de mes, todo el conjunto habrá entrado en funcionamiento y la vieja tradición de la artesanía del hierro volverá a ser otra de las ocupaciones de este pueblo, que no es un pueblo cualquiera porque en él nació Alejandro Casona —al visitante que llega al pueblo, cualquiera de los vecinos le señala la vieja casona de los Queipo-Flórez, convertida en escuela a comienzos de este siglo—, y en él se desarrolló una comunidad protestante a la que, en el último tercio del siglo pasado, estuvo vinculada, en una gran medida, la artesanía del hierro, «aunque todo el pueblo, católicos y protestantes participaban en la elaboración del hierro».

Juan Antonio Cabezas, que fue visitante asiduo de esta zona, escribió hace cerca de veinte años que «la facilidad de comunicaciones y el desarrollo de la gran industria siderúrgica, dentro de la región asturiana, debilitaron a un tiempo la secta evangélica de Besullo y la artesanía del hierro. De los tres martinets que machacaban lingotes en la ribera del Veiga, sólo quedaba uno, el de los protestantes, a principios de siglo. Y a partir de los años veinte, los constructores de los carros besullenses y los herros amigos de «Casona» también envejecieron y se fueron jubilando del oficio...»

Los jóvenes de entonces habían preferido buscar la vida en los nuevos centros de la economía regional, y abandonaron la vieja tradición del hierro.

«Pero ahora nosotros queremos recuperarla y por eso hemos reconstruido el mazo».

Asturias, poco a poco, recupera su perdido patrimonio cultural, sus viejas tradiciones «porque nos habían deslumbrado los tiempos, pero hemos comprendido que había que volver a lo nuestro, a recuperar el tiempo que hemos perdido. Hay cosas que no se recuperarán, porque ya no son necesarias, como los carros del país; pero la artesanía del hierro ha retomado fuerza, se valora y nosotros queremos recuperarla».

En medio del pueblo, en la encrucijada de varios caminos, un grupo de vecinos conversa con los visitantes, entre los que descubren a los periodistas y aprovechan la oportunidad, porque no es cosa de dejarla pasar.

«Digan que es una vergüenza que Besullo no tenga teléfono. La parroquia la forman diecisiete pueblos y en ninguno hay teléfono».

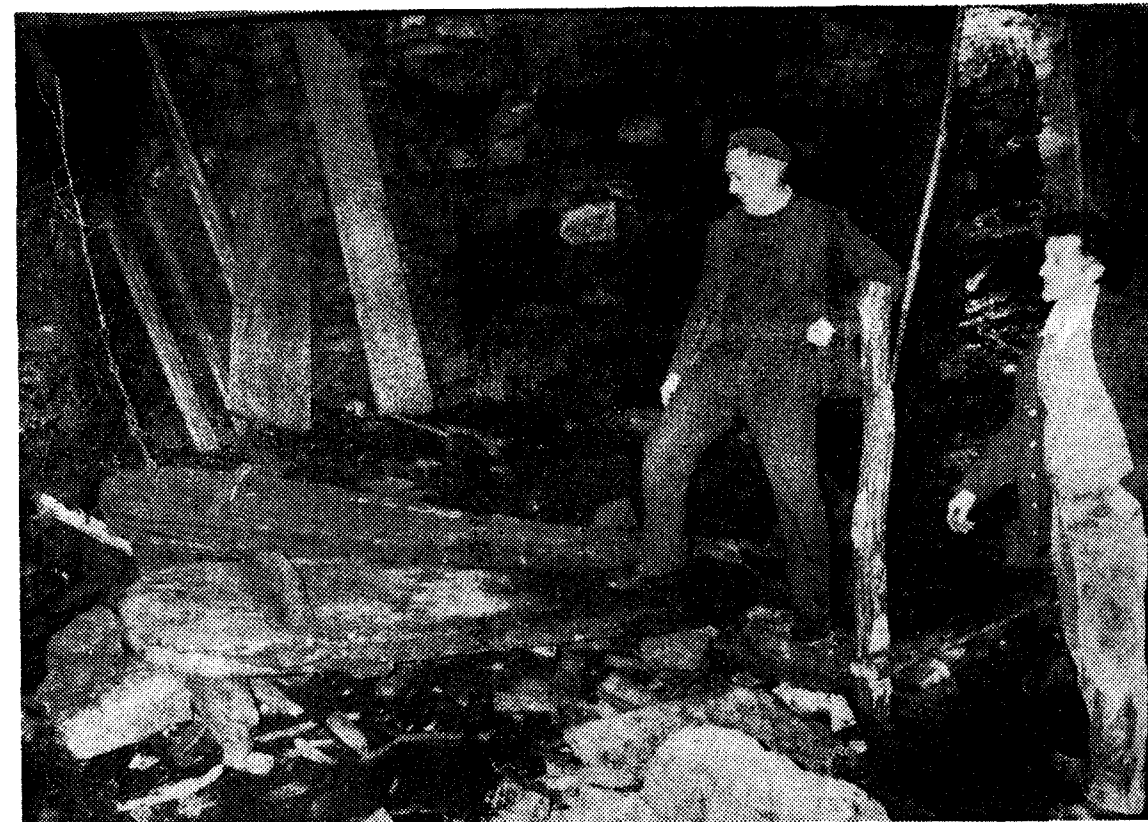
Queremos que se entere el mundo que aquí, en los tiempos en que estamos, no hay teléfono. Es un verdadero escándalo».

Besullo ha puesto el martinete en marcha, que ha sido un éxito, pese a los problemas iniciales para poner de acuerdo a los siete propietarios. Pero no tiene teléfono, que es uno de los símbolos del progreso.

«Sí, señor, es un escándalo».



Todo está preparado para volver a trabajar como antes



Manuel y Faustino, ante los barquinos, que son la parte que aún faltaba por reconstruir

## El pueblo y sus gentes



Besullo quiere recuperar la vieja tradición artesana

**A** Besullo se llega a través de una carretera estrecha y sinuosa que se ciñe a la ladera de la cadena de montañas que bordean el valle. Diecisiete kilómetros separan el pueblo de Cangas, la capital, con la que se comunica únicamente a través de esa vía. Besullo es un pueblo situado en el lomo de uno de los montes que siguen su itinerario hacia el vecino municipio de Allande. Conserva muchas de sus casas con la piedra viva de sus muros, los techos de pizarra, ligeramente verdosa por el musgo que han ido acumulando los años.

Besullo es un pueblo distinto, cuya historia moderna nació con el establecimiento de una pequeña comunidad evangélica, fundada en los comienzos del último tercio del siglo pasado por los sirvientes de un alemán —Federico Flielner— residente en Madrid. Aquella comunidad protestante se inició con una veintena de miembros pertenecientes a varias familias emparentadas entre sí, que han mantenido la tradición religiosa en la localidad, aunque en constante declive, hasta quedar reducida a la representación simbólica de dos miembros de una familia, «porque la emigración se llevó por el mundo a algunos protestantes, que de cuando en cuando vuelven a su raíz, al pueblo».

La historia más lejana de este pueblo cangués está relacionada con una abadía y un monasterio benedictino que data del siglo X y que sin duda mantuvo estrecha relación con el fundador por el conde Piniolo en Cangas, un siglo después y asimismo confiado a la orden benedictina.

En todo caso, la vieja tradición católica y el posterior enclave protestante surgido en el siglo pasado no han generado desavenencias irreversibles, aunque a finales de la pasada centuria un pastor inglés que visitaba el pueblo con frecuencia «fue corrido a pedradas por los

chicos de la escuela, a quienes alentaba un maestro intransigente y muy estricto en cuestiones de religión». Pero eso forma parte de la anécdota de la historia de una convivencia que llegó a ser más que excelente en los años sesenta, cuando ya en pleno declive la comunidad protestante llegó al pueblo un cura posconciliar «que se llevaba muy bien con el pastor, un paisano del pueblo, Daniel». Mi compañero de viaje, Vélez, aún recuerda cuando en aquellos años logró algunas fotografías en las que «el sacerdote y el pastor jugaban la partida en el bar en compañía de otros dos vecinos».

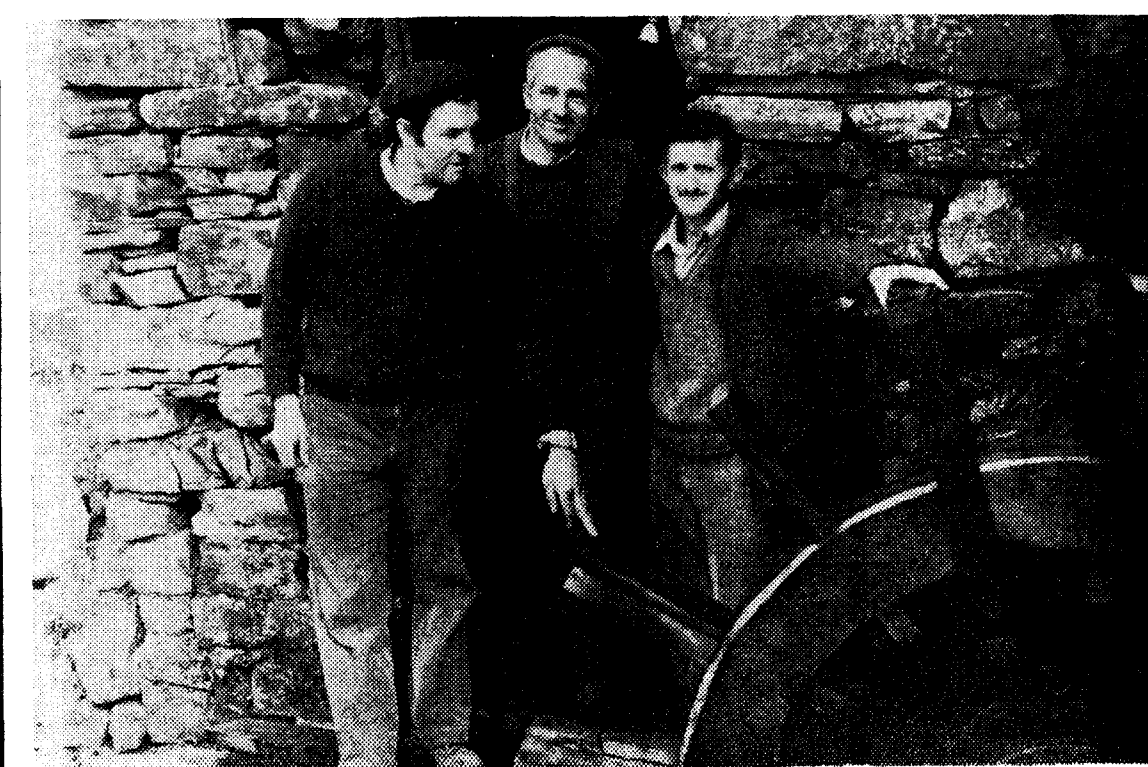
Pero sin duda, el nombre de Besullo no tiene referencia de mayor relieve que la que lo vincula al de Alejandro «Casona», el hijo más ilustre de este pueblo, en el que la belleza de los bosques constituyeron el decorado de su inspiración, apoyada en las viejas historias de personajes surgidos de entre la niebla húmeda; caminantes silenciosos, mensajeros misteriosos del mundo donde los mitos se confunden con las viejas tradiciones... La ternura de la obra de «Casona» está empapada de la poesía de cada rincón, de las orillas del río donde cada verano paseaba en busca de nueva inspiración, cuando de vacaciones regresaba para encontrarse con sus raíces, nunca olvidadas.

Medio millar de habitantes continúan dando vida a Besullo. Medio millar de personas que tienen lazos de amistad y de familia, tendidos por todo el mundo, «en Madrid, en Oviedo, en Avilés, en América...», pero todos son de ley, porque acaban, antes o después, por volver».

Pero hay un mensaje que repiten, como recomendación póstuma, a los periodistas, que es un grito de queja: «digan que es un escándalo, que el mundo sepa que en Besullo no hay teléfono».



Los vecinos se quejan: ¡Es un escándalo que no tengamos teléfono!



Juan, Faustino y Manuel, a la puerta del mazo